

en sus «*Meditaciones del Quijote*»—aproxima certeramente el libro venerable a nuestros corazones: lo sentimos tan cerca, por lo menos, de nuestra más profunda sensibilidad, como puedan estarlo Balzac, Dickens, Flaubert, Dostoyéwsky...» Comentarios actuales, han de ser, pues. Encendidos por un hombre de ahora y con el lenguaje de nuestra contemporaneidad, a aquel discurso de la Idea y la Lanza que sería sin par si no tuviese parigual en el pronunciado ante los cabreros, gente de la gleba a la que el soldado de Lepanto quiso redimir al hacerlos dignos de escuchar la voz celeste de don Quijote.

Ni literatura de «pastiche», ni erudición a la violeta. Que cada uno diga la palabra que lleva dentro, no aprendida—como el cantar de las aves de Fray Luis de León,—y, de añadidura le será dado, seguramente, lo demás.

Por eso, Dante sin Virgilio, y un tanto paradójico, pues que no se trata de infernales círculos, sino del paraíso literario de la Hispanidad, reabro el Libro relicario de la raza, hontanar de profundas y altas cogitaciones universales. ¡Flecha que, disparada del arco español, cruza el aire zarco sobre las tierras y las edades, y logra,—milagrosamente multiplicada—las dianas más extrañas y remotas!...

—«Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes e inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería...»

El discurso de las armas y las letras—he ahí su auténtico comicuzo— es el discurso de Alonso Quijano, no el discurso de Cervantes. El personaje es *del autor*, pero no es *el autor*. La teoría pirandelliana ha desvelado suficientemente esto, por lo que insistir fuera pecado literario sin posible Jordán.

Cervantes creó su don Quijote, pese a los que, cegados por el sol de su gloria, intentan regatearle un poco de agua al mar. Hay individuos—son esos mismos que gustan, aún temerosos, de adentrarse en castillos de fantasmas— que no se resignan a que personajes como *Alonso el bueno*—o como don Juan o Pedro Crespo...—pertenezcan tan sólo al reino de la fantasía y sean nada más—nada menos—que geniales creaciones de hombres desde los cuales el *cuid divinum* proyecta su luz. No. Ellos quieren saber que vivieron—con existencia física, tangible—, y en qué pueblo, y cuales fueron sus verdaderas costumbres y su nombre auténtico—y a veces, si la tuvieron, hasta el del ama de llaves—, y el día más alegre de su vida fuera aquel en que, polvorientos de viejos infolios, pudieran exhibir el «ábrete sésamo» de una ilegible—e imposible—partida de nacimiento.

—«...a muchos hemos visto, que, habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis como llevados en vuelo de la favorable fortuna...»

Cervantes creó su don Quijote, y la voz de don Quijote es la suya propia, no la de Cervantes. Después, lo dejó como en varada nave—fantasmales mástiles de ensueño—en el «estancado mar de tierra» de la Mancha, porque el maravilloso azar de su aventura necesitaba—escribe el abuelo Galdós—«aquél horizonte, aquel suelo sin caminos, aquella tierra sin direcciones, aquel sol que derrite los sesos, aquel campo sin fin donde se levanta el polvo de imaginarias batallas, aquella escasez de ciudades, aquel silencio. Y ya—subrayemos la misma advertencia cervantina—se limitó a contarnos su vida. Y como los árboles no dejan ver el bosque, así el angélico don Quijote, envuelto en los fantásticos chorros de luz de sus propias palabras, impide a veces vislumbrar esto: que en él fué siempre superior la palabra a la acción, el discurso al hecho, la fantasía a la realidad. Don Quijote no es el hecho, sino el verbo. Montaigne pudo contemplarse en tan alto espejo para repetir, más breve y enhiesta, su conocida frase, diciendo: «Je ne suis grande par mes actions; je le suis par mes fantaisies».

—«Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es ésta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra...»